

Que haya muchos sacerdotes santos. Aspiración suprema del Soberano Pontífice, que a toda hora se ocupa de la formación del clero en Seminarios y Universidades Pontificias; de fomentar la piedad sacerdotal con prácticas cada día más precisas y apropiadas; de estimular en todas sus formas un verdadero celo apostólico, y señalar los cauces, por los que ese celo habrá de marchar, y las normas a que deberá ajustarse, para que trabajando en perfecta unión con la Cabeza, sea nuestra acción más eficaz y el fruto más abundante.

Preocupación constante de las almas místicas, que en su trato íntimo con Dios reciben del Señor frecuentemente el encargo de pedir por los sacerdotes, de ofrecer sacrificios por los sacerdotes, de influir por cuantos medios tengan a su alcance, para que sean cada vez más santos y apostólicos los sacerdotes. Preocupación inculcada por la misma Santísima Virgen a los niños, a quienes se apareció en Fátima, y varias veces repetida a la única de estos *videntes*, Sor Lucía, que aún vive, transmitida por ella a su director espiritual, y por cierto con especial referencia a nuestra Patria.

Aspiración y ansia ardentísima del pueblo fiel, que en su hambre de espiritualidad, cada día más sentida, cada día más intensa, en su busca de quien le lleve docta y prudentemente hasta las cumbres de la santidad, en que su hambre de Dios ha de saciarse, exige con razón de los directores de almas una ciencia divina, que apenas puede llegar a ser certera y capaz de llevarlas a feliz puerto, si no radica en almas puras y más o menos interiores y sensibles a los toques del Divino Espíritu.

Exigencia en fin absoluta y clamorosa de los *hijos no nacidos*, de esas inmensas muchedumbres, que viven alejadas de Dios, dentro y fuera de la patria, y a los que tan sólo podrán calentar e iluminar y atraer al buen camino verdaderas falanges de sacerdotes bien formados y llenos del espíritu de Dios, que es el que en nosotros obra maravillas, cuando muertos a nosotros mismos y enteramente dóciles y sin estorbos nos entregamos a El, para que El en nosotros y por nosotros lleve a cabo esa obra, que sólo puede ser suya, de santificar las almas, de iluminar y encauzar y pacificar el mundo.

* * *